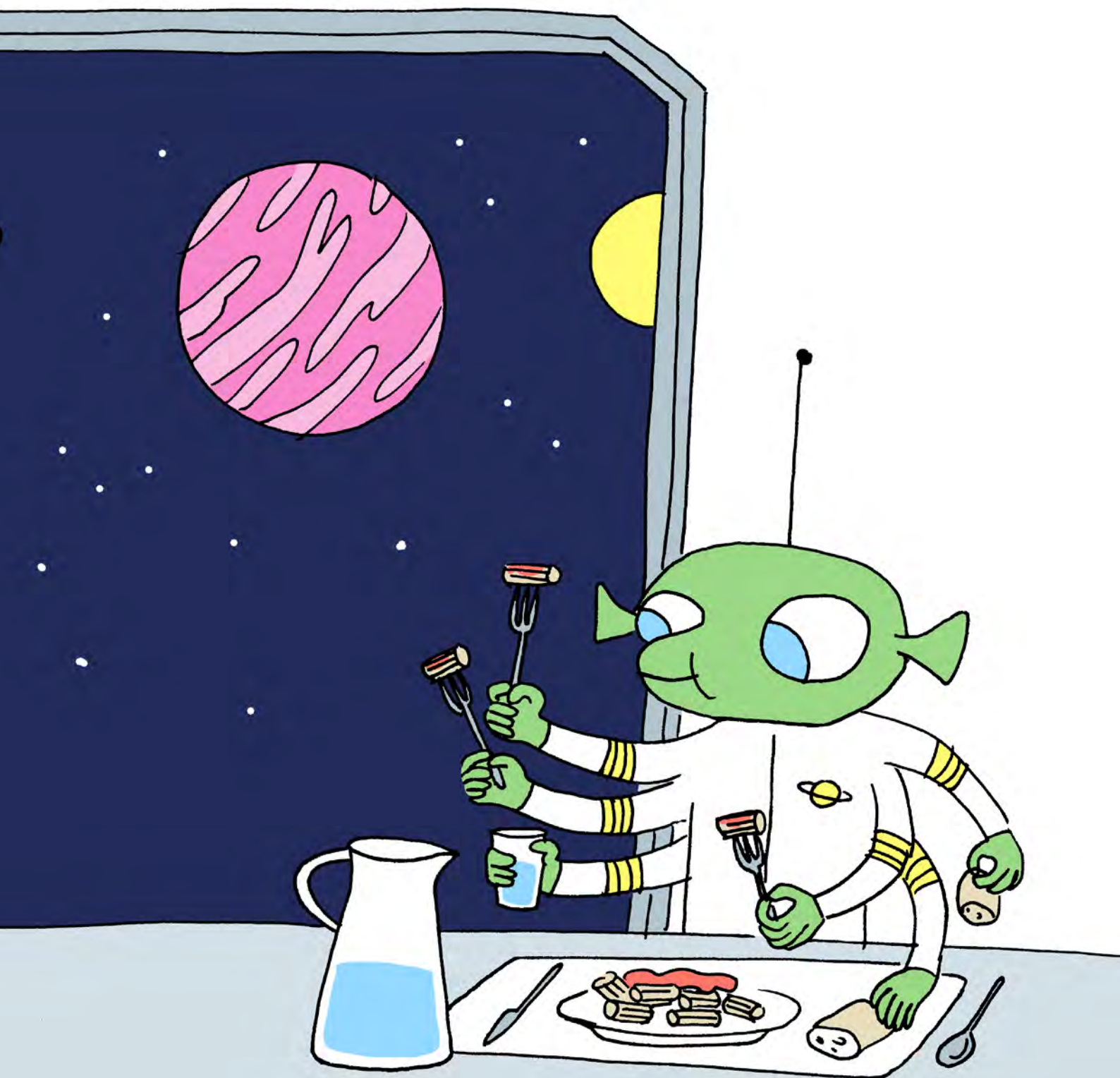


Max y la nave plateada

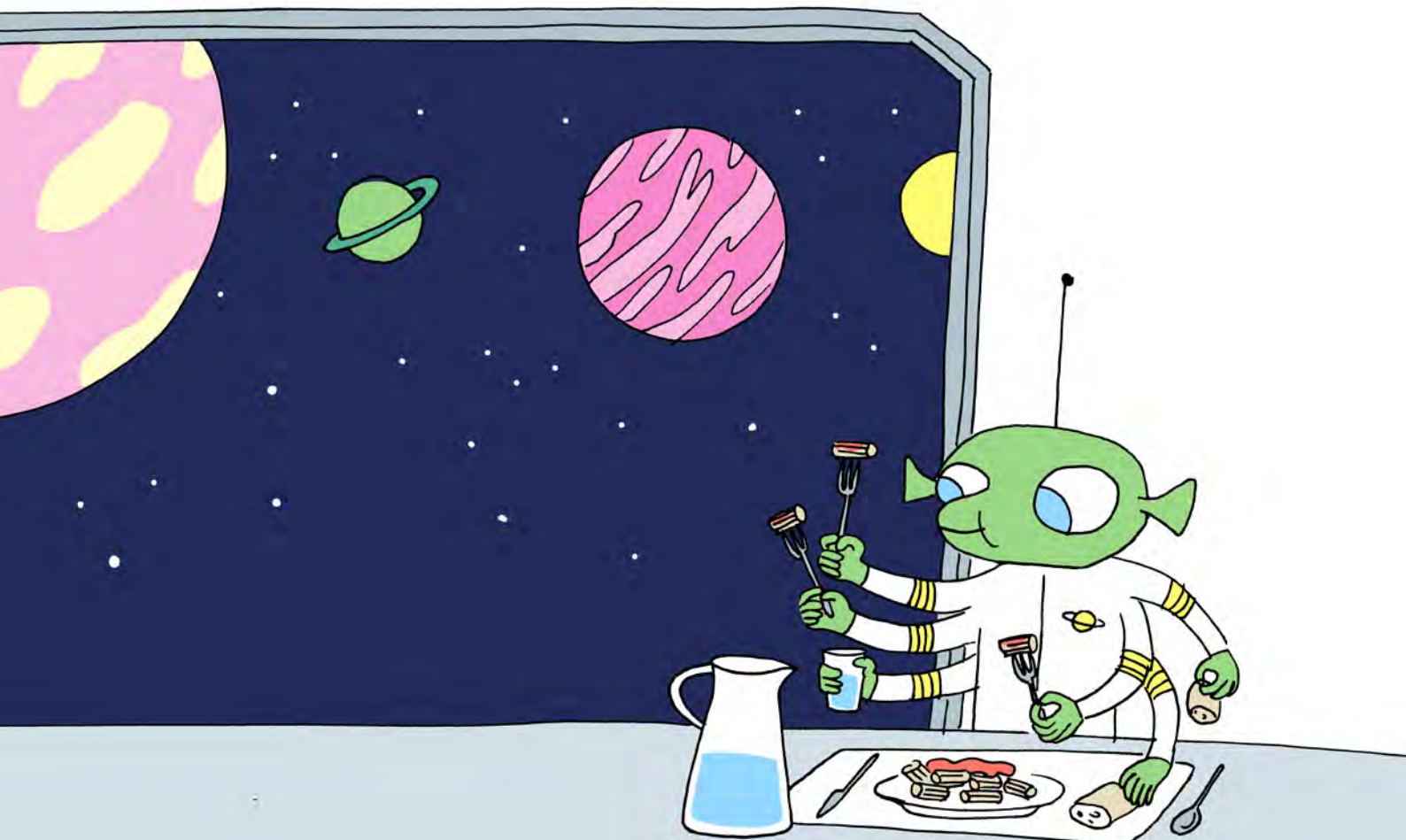


Max y la nave plateada

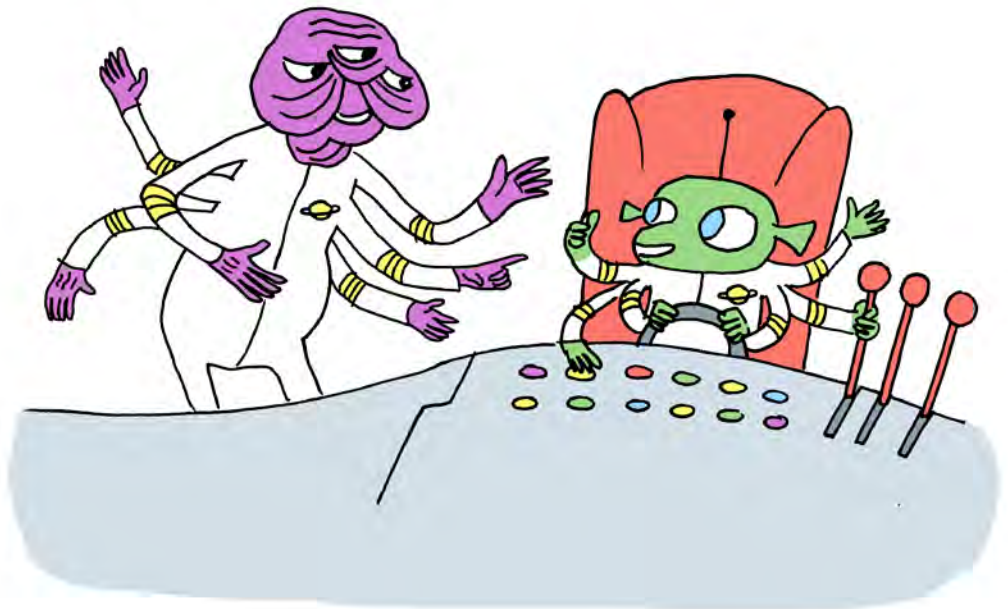
En una galaxia situada a muchos años luz de la Tierra había un planeta muy pequeño con ocho lunas y anillos como los de Júpiter llamado Calcitrón. Allí vivía el marciano Maximiliano, al que todos conocían como Max para abreviar. En realidad, y para hablar con propiedad, Max no era un marciano, porque no había nacido en Marte, así que quizá deberíamos llamarlo extraterrestre o alienígena.

Max tenía seis brazos, una especie de antena muy extraña en la cabeza, era de color verde, y había heredado de su madre unos ojos azulísimos, y de su padre, su debilidad por los macarrones con chorizo.

Había estudiado muy duro para alcanzar el puesto de capitán de una nave espacial mercante. Durante muchos meses surcaba los cielos interestelares transportando mercancías de un sistema solar a otro.



A Max le fascinaba tripular su nave modelo X-Tron 2.000 de color blanco sorteando el polvo de los cometas y los siempre peligrosos agujeros negros.



El subcomandante de la nave y mano derecha de Max (bueno, una de ellas, porque recordemos que tenía tres manos derechas) era el alienígena Burb. Verdadero veterano de los viajes espaciales, a su experiencia Burb sumaba una prudencia que siempre era de utilidad cuando a Max le daba por poner la nave a velocidad súper-súper sónica en medio de un campo de asteroides.

- Max, que nos la pegamos, haz el favor de reducir – le aconsejaba sabiamente Burb.
- Bueeeeno – le respondía Max mientras levantaba el pie del acelerador de la nave.
- Max, que toca llevar a revisión el motor de la nave.
- Bueeeeno – respondía Max.

Así transcurrían felizmente para Max los días a bordo de la X-Tron 2.000. De planeta en planeta, entregando y recogiendo mercancías, surcando siempre la oscuridad del universo.

Pero un día, Burb le anunció que, por fin, le había llegado el momento de jubilarse. Había pensado retirarse a su casita en la playa del planeta Dor, donde podría disfrutar de sol todo el año y nadar en el mar a toda mecha con sus seis brazos.

Max se entristeció mucho, pero trató de reponerse y nombró como nuevo subcomandante al marciano Gastón (que sí era marciano, y había nacido en

Marte). Gastón era conocido por ser tan simpático y seductor como chuleta, y por gastar con mucha alegría el sueldo que cobraba de la compañía de naves espaciales mercantes.

En la primera reunión que tuvo Max con su nuevo subcomandante, Gastón le dijo:

– ¿Has visto la nave que lleva Protón?– (Protón había sido compañero de la escuela de vuelo de Max, y era, como él, capitán de una nave espacial) – ¡Es alucinante! Es la nueva X-Tron 4.000, con recubrimiento de platino. ¡No veas cómo reluce! En todos los planetas se quedan boquiabiertos cuando la ven aterrizar. Deberíamos pintar la nave del mismo color para poder presumir tanto como ellos.

– No sé, – respondió Max – tenemos que cambiar la compuerta de la zona de carga de la nave y el dinero no nos da para todo. Pintar la nave de platino es carísisísimo. Burb me hizo prometer antes de irse que cambiaría la compuerta, que está muy vieja.

– No seas aguafiestas –argumentó Gastón-, ¿no te apetece que te vean a los mandos de una nave de color plateado? Los que conducen una nave plateada son siempre los más molones.

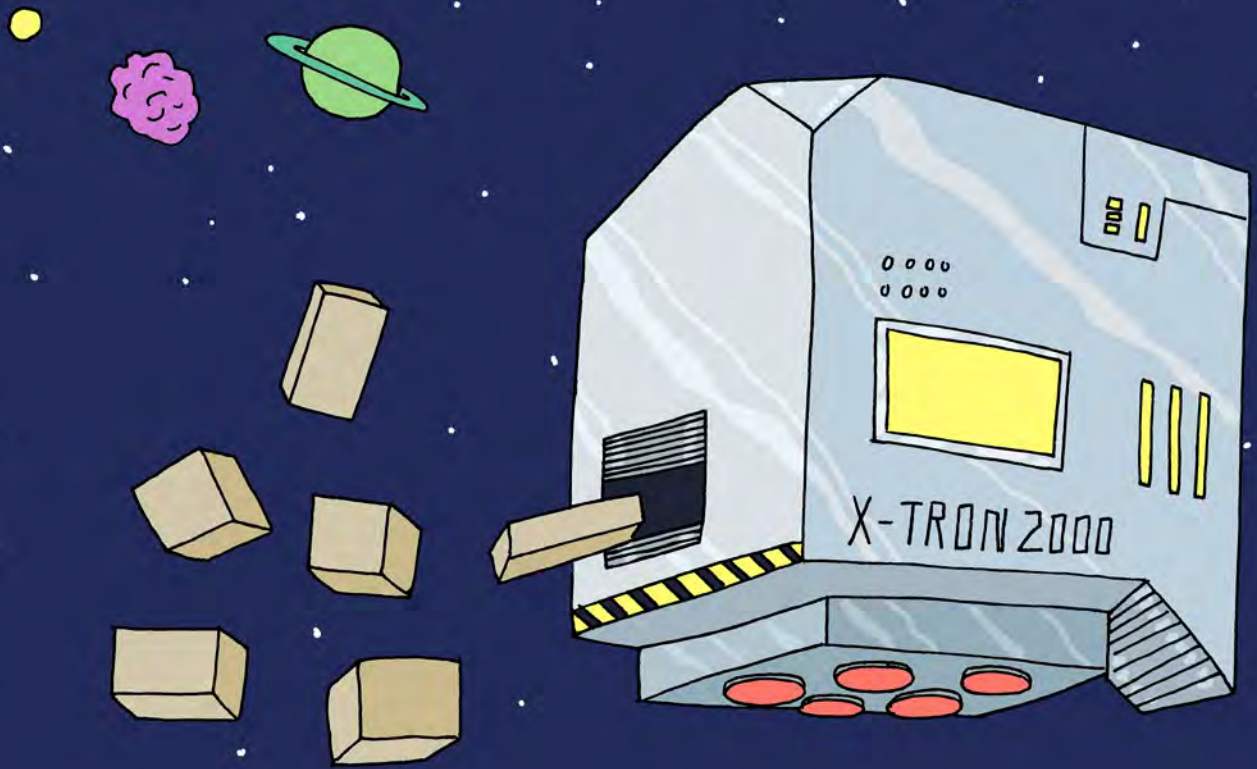
– No sé...es que deberíamos comprar una nueva compuerta. ¿Y si se atasca o se abre en pleno vuelo?

– Qué va –insistía Gastón-, le ponemos unos tornillos más de refuerzo por si acaso, no pasa nada.

– Bueeeeno, la verdad es que ese color platino reflejará mis ojos azules y mi bonito tono verdoso cuando me baje de la nave– , dijo al final convencido Max, imaginándose su regreso triunfal a Calcitrón.

Y pintaron la nave de plata.

Muchos días (y muchos sistemas solares) después, la ahora plateada, plateadísima, X-Tron 2.000 de Max viajaba de regreso al planeta Calcitrón



completamente cargada de las más maravillosas mercancías recogidas en todos los confines del Universo.

De repente, Max vio algo a través de la ventanilla de la cabina de mando. Algo flotando en el espacio.

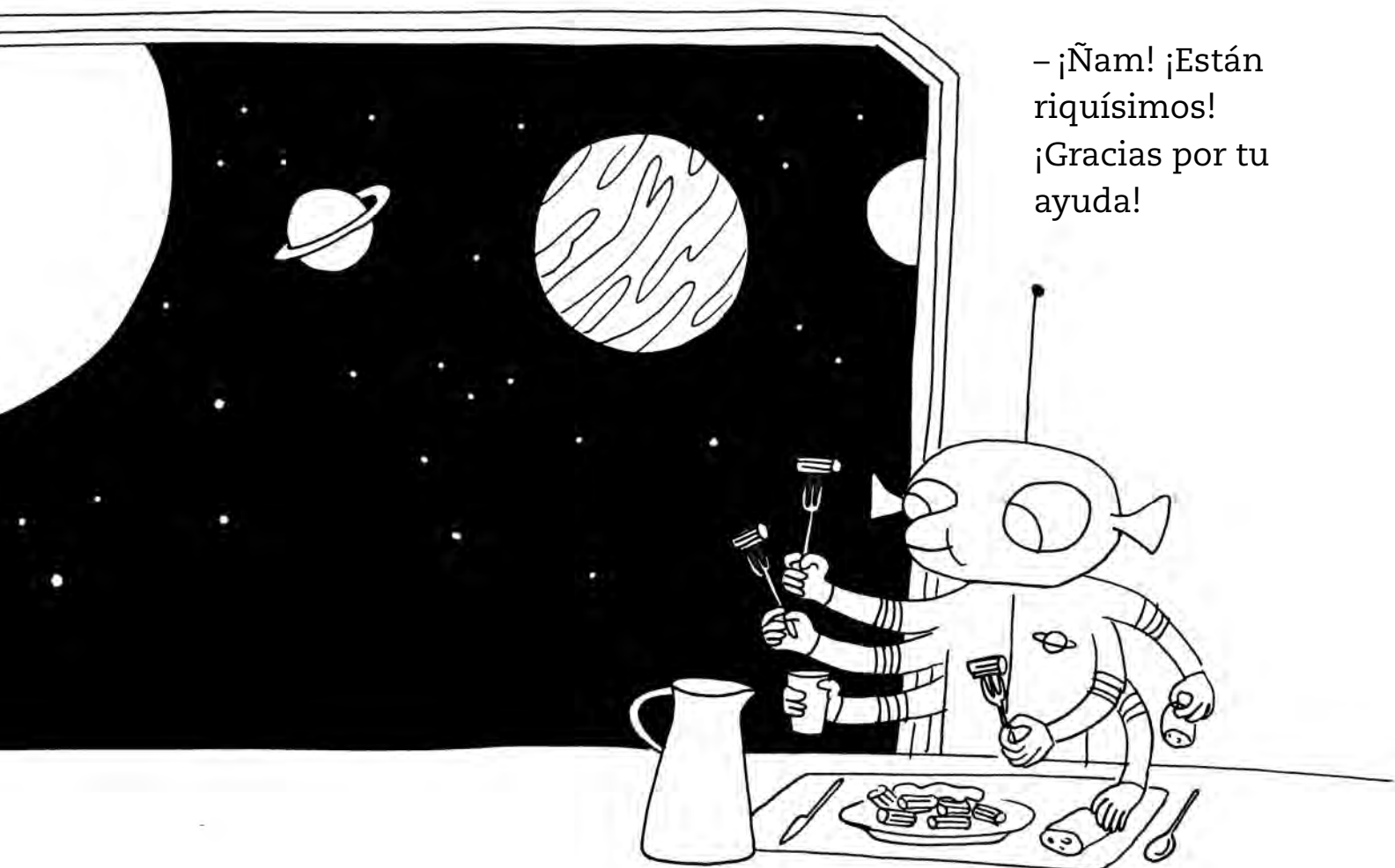
- ¿Qué sputniks es eso? ¡Es completamente cuadrado!- dijo.
- ¡No sabía que hubiera asteroides cuadrados!- repuso Gastón.
- NO hay asteroides cuadrados - le contestó Max.
- ¿Y entonces qué es?
- Es cuadrado como una caja. Y se parece a una caja. ¡Que se me lleven los sputniks de zutrón! ¡Es una caja! Y no sólo hay una; ahí hay otra, y otra... ¡¡Son NUESTRAS cajas!!

Efectivamente, flotando en el espacio, había muchas cajas. De hecho, todo el cargamento de mercancías de la X-Tron 2.000, perdido para siempre en el espacio sideral.

- Si hubiéramos reparado la compuerta- sollozó Max, mientras le caía una lagrimilla de sus ojos azulísimos, pensando en la bronca monumental que iba a recibir de su jefe en cuanto pusiera el pie en Calcitrón. - ¿De qué nos sirve ahora tener la nave plateada?

JUEGA CON MAX

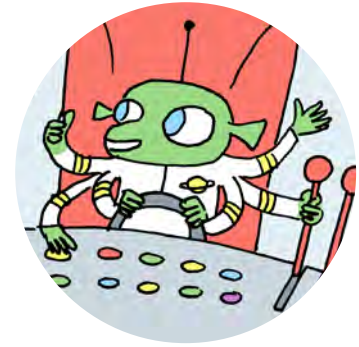
¡Hay un ingrediente que sobra en la receta de macarrones con chorizo de la madre de Max! Ayúdale a encontrarlo y colorea.



- ¡Ñam! ¡Están riquísimos!
¡Gracias por tu ayuda!

Max y la nave plateada

GUÍA DE LECTURA



Recursos:

Nuestro cuento “Max y la nave plateada”.

Lee el cuento antes de narrárselo a tu hijo. Es importante conocer de antemano la historia para poder anticiparnos a las preguntas que nos puede hacer el niño y leer la historia con más convicción.

Busca un entorno tranquilo y evita **distracciones** para estimular la comunicación. Hay que intentar captar la atención del niño, por eso es preferible narrarles el cuento: hay que adaptar el lenguaje, actuar un poco y hacer énfasis en los fragmentos más importantes. También es importante mirarle a los ojos de vez en cuando para que no pierda el hilo.

Tema

El tema principal que propone este cuento es **reflexionar sobre la importancia de decidir qué cosas son verdaderamente importantes y cuáles son accesorias.**

El objetivo es inculcar a los niños que no se deben dejar arrastrar por la envidia de lo que tienen los demás, y que no conviene dilapidar el dinero en cosas que no son realmente necesarias, sino que conviene invertirlo en aquello que puede garantizar nuestra protección y nuestro futuro.

Propuesta de actividades:

Antes de contarle el cuento:

- Reflexionad juntos sobre si llevar la mochila más molona, o la cazadora más cara, da realmente la felicidad o son otras cosas.

Después de contarle el cuento:

- Habla sobre el comportamiento del Marciano Max. ¿Por qué no se fío de Burb, que era el consejero prudente, y se dejó arrastrar por las frivolidades de Gastón?
- Explícale lo que son las prioridades, y por qué es tan importante pensarse bien las cosas antes de darse un capricho. Ayúdale a entender qué son gastos necesarios y gastos accesorios.
- Reflexiona con él sobre las **consecuencias de envidiar la suerte ajena** o lo que tienen los demás.